

SORAYA LANE

LA HIJA ITALIANA

Traducción de Milo J. Krmpotić



# 1

## LONDRES, EN LA ACTUALIDAD

Lily empujó la puerta de su apartamento y entró en él tirando de la maleta y el petate.

—¿Hola? —preguntó en voz alta mientras cerraba la puerta acompañándola con el pie y lo dejaba caer todo al suelo.

Al no recibir respuesta, avanzó algunos pasos más, mirando a su alrededor, y constató que durante los cuatro años que había pasado fuera de casa allí no había cambiado nada. Ni las paredes de color blanco cálido, ni los cojines mullidos del sofá, ni el espejo dorado que colgaba sobre la repisa de la chimenea, en la que se amontonaban innumerables marcos.

Lily se detuvo a mirar las fotografías, que en su mayoría le devolvieron su propia amplia sonrisa. Estiró la mano para tocar la de su padre, resiguió su rostro con el pulgar, antes de pasar a la de su madre y darse cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

Se paseó por la cocina y supo de manera instintiva, sin tener que buscar más, que su madre no estaba en casa.

Vio una nota sobre el banco y la cogió, se apoyó en la encimera mientras su mirada se desplazaba veloz sobre aquellas palabras.

*Me muero de ganas de verte, cariño, pero he decidido pasar unas semanas en Italia, aprovechando que hace tan buen tiempo ahora mismo. ¿Nos vemos allí?*

*Con amor,*

M.

Lily se rio y dejó caer la nota. «¡Aquí estoy yo, anticipando el encuentro que tanto anhelaba, y resulta que se ha ido a Italia!» Pero no podía culparla; había tenido que buscarse la vida sin su única hija cuando esta se había ido a vivir al extranjero, y a Lily le encantaba que fuera feliz.

Vio una pila de sobres sin abrir, abandonados al lado de la tostadora, y los cogió con la esperanza de que fueran para ella. Encontró varios dirigidos a su madre, pero el que llamó su atención fue el que había abajo del todo.

A los herederos de Patricia Rhodes.

Lily hizo girar el sobre entre los dedos, preguntándose por qué su madre había dejado de abrir una carta dirigida a los herederos de su abuela. Reparó en el sello oficial de un bufete de abogados y pasó la uña por debajo, decidida a echarle un vistazo, mientras bostezaba porque el jet-lag de su vuelo de veinticuatro horas de duración estaba comenzando a afectarle. En el lugar donde había estado viendo debía de ser casi medianoche, así que no era extraño que estuviera cansada.

*A quien corresponda, en relación con la herencia de Patricia Rhodes.*

*Se solicita su presencia en las oficinas de Williamson, Clark & Duncan en Paddington, Londres, el viernes 26 de agosto a las 9 de la mañana para que se le haga entrega de un objeto que se ha legado a los herederos. Por favor, póngase en contacto con nuestro despacho para confirmar la recepción de esta carta.*

*Saludos cordiales,*

*John Williamson*

Lily se frotó los ojos y volvió a leer la carta. Su abuela había fallecido cuando ella era una adolescente, más de diez años atrás, y ver su nombre le provocó un escalofrío extraño. Lily adoraba a su abuela; se trataba de la mujer más cariñosa y gentil que había conocido, y se dio cuenta, con sensación de culpa, de que llevaba mucho tiempo sin pensar de verdad en ella, en comparación con lo mucho que pensaba en su padre. Sonrió al recordar las visitas que le hacía, cuando a menudo se sentaban las dos a tomar el té bajo el sol mientras Lily le contaba todos sus problemas de adolescente.

Cogió el móvil y se apresuró a mandar un correo electrónico al abogado, pidiéndole más información. «Deben de haberse equivocado de persona. Me habría enterado si quedara algún asunto de la herencia por solucionar, ¿no?», pensó.

## 2

Lily abrió los ojos. Tardó unos instantes en descubrir dónde estaba; en un primer momento, al mirar hacia arriba, antes de incorporarse y apoyarse sobre los codos, el techo blanco y alto le había parecido desconocido.

Acabó por sentarse con las piernas fuera de la cama y se pasó los dedos por el pelo en un intento por desenredarlo. La habitación estaba a oscuras, la única luminosidad que se filtraba en ella procedía del pasillo, donde era evidente que se había dejado la luz encendida, y, mientras le echaba una ojeada al reloj que tenía al lado de la cama, vio que había dormido varias horas. Eran casi las cuatro de la mañana, lo cual quería decir que se había pasado durmiendo la mayor parte del día y de la noche, pero eso no había hecho que se sintiera mejor, se notaba tan aturdida como en el momento en que se acostó.

Se dirigió al baño y se echó agua en la cara mientras contemplaba su reflejo en el espejo circular que colgaba por encima del mueble del lavabo. Sin maquillaje, vio que tenía el puente de la nariz y el centro de las mejillas salpicados de pecas, una oda a la feroz luz solar de Nueva Ze-

landa, donde había estado viviendo y trabajando. Se tocó la piel con la yema de los dedos y sonrió, satisfecha con aquella nueva apariencia ligeramente bronceada. En combinación con su cabellera larga, oscura e indómita, parecía más una chica de playa que de ciudad, y eso también le gustó. Era una versión de sí misma más relajada; una versión que había tardado años en encontrar, y no quería renunciar a ella solo por haber regresado a casa, a Londres.

Lily se apartó la melena larga y oscura y se la recogió en un moño. Se dirigió con lentitud hacia la cocina en busca del móvil, que encontró sobre la encimera, allí donde lo había dejado. Revisó con rapidez su correo electrónico y vio un mensaje de un antiguo compañero, que venía acompañado de una foto del viñedo en el que ella había trabajado, los racimos de uvas cubiertos por una malla y la hierba teñida de blanco a causa del clima helado. Sonrió al imaginarse de nuevo allí, yendo a buscar su café diario al restaurante cuando este abriera, contemplando las filas y más filas de viñas que se extendían hasta donde llegaba la vista. Suspiró. Quizá debería haberse quedado en Nueva Zelanda en vez de aceptar aquel empleo de verano en Italia, pero siempre se había prometido a sí misma que obtendría toda la experiencia posible en países diferentes antes de establecerse en algún sitio.

Volvió a la bandeja de entrada, ojeándola en busca de algo interesante, y vio que el bufete de abogados le había contestado.

Estimada señorita Mackenzie:

Gracias por ponerse en contacto con nosotros. Somos cons-

cientes de que el mensaje que le enviamos puede parecer misterioso, pero en nuestra opinión lo mejor sería discutir este tema en persona con usted o con otro miembro de su familia. Por favor, confírmenos que podrá asistir a la cita del viernes; si no es así, concertaremos otro encuentro a fin de poder reunirnos con usted.

Saludos cordiales,

John Williamson,  
en nombre de los herederos de Hope Berenson

«¿Hope Berenson?» Lily frunció el ceño mientras le daba vueltas a aquel nombre en la cabeza, intentando descubrir si lo había oído antes o no. No le resultó familiar, y deseó que su madre estuviera allí para poder preguntárselo. Quizá se tratara de alguien procedente del pasado de su abuela, alguien que le había legado algo en su testamento, ignorando que ella había muerto mucho tiempo atrás. Esperó que no se tratara de algún artefacto antiguo que tuviera que arrastrar de vuelta a casa después de la cita.

Lily dejó el móvil y decidió prepararse un café. Necesitaba desesperadamente algo de cafeína que la ayudara a despertarse.

—¡Cariño! ¡Me alegro mucho de oír tu voz!

Lily se rio y apretó el móvil contra la oreja en un intento por oír mejor la voz rasposa de su madre, aquel mismo día más tarde.

—¡No me puedo creer que hayas decidido irte a Italia! —dijo—. Estaba medio esperando una fiesta de bienvenida.

Intentó no sonar demasiado alicaída ante el hecho de

haber regresado a un apartamento vacío: si su madre era feliz, ella era feliz. Aún no había conocido a su nueva pareja, pero sin duda parecían llevar un estilo de vida maravilloso.

—Cariño, tú odias ser el centro de atención. Cómo iba a organizarte una fiesta...

Tenía razón. Lily lo odiaba, mientras que su madre se crecía en esas situaciones. Siempre se había preguntado si la extravagancia de su madre no habría influido en su naturaleza, más tímida e introvertida.

—¿Cuándo vienes? ¿Te veremos en el lago de Como?

—Llegaré dentro de un par de semanas. Será genial verte, aunque solo sea por una noche o dos.

—¡Maravilloso! Ahora tengo que dejarte, cariño, estamos a punto de subir a un hermoso yate para pasar el día en él, pero... ¿estás segura de que no puedes cambiar el vuelo y venir antes para pasar más tiempo con nosotros?

Pese a que su madre no podía verla, Lily negó con la cabeza. Tenía muchas ganas de viajar por Italia, era un lugar que siempre había deseado visitar, pero no quería estar allí rodeada de tantos turistas. No veía el momento de empaparse de su cultura y caminar por sus viñedos, inhalando el aire fresco y conociendo a los responsables de la vendimia y de hacer el vino. Quería descubrir pequeños restaurantes y codearse con la gente del lugar en mercados pintorescos, no sumarse a la muchedumbre de fans que acudían al lago de Como para intentar entrever a George Clooney. Que, por extraño que pudiera parecer, era exactamente la intención de su madre.

—Tengo algunas cosas que hacer en Londres antes, así que no podré cambiarlo, pero tengo muchas ganas de

verte —contestó Lily—. Ah, antes de que te vayas, el nombre de Hope Berenson, ¿te dice algo?

—No, ¿por qué?

—Es solo que había una carta aquí, de un abogado, dirigida a los herederos de la abuela.

—Ya sabes cómo soy con el correo, querida. Debí de olvidar abrirla.

—No pasa nada. Voy a averiguar de qué va todo esto y ya te contaré.

—*Ciao, bella!* —dijo su madre con una cantinela antes de que se cortara la comunicación.

Lily permaneció un instante con el móvil en la mano, imaginándose a su madre con uno de sus caftanes de colores brillantes, repleta de joyería, mientras se subía a algún barco bonito. Se sentía feliz de veras por ella. Siempre había sido una madre maravillosa; de pequeña, en todo momento pensó primero en Lily y mantuvo las cosas en pie tras la muerte de su padre, se centró en su pequeña familia hasta que Lily se marchó a la universidad. Y, por muy agradecida que ella se sintiera por el hecho de que su madre hubiera conocido a alguien, también estaba nerviosa ante la idea de encontrarse con el primer hombre que había apresado su corazón desde la muerte de su padre.

—Diviértete —le dijo al móvil mientras lo dejaba y decidía darse una ducha.

Abrió el grifo del baño y esperó a que el agua se calentara y el vapor llenara la estancia mientras no dejaba de darle vueltas en la cabeza al nombre de Hope Berenson. Cerró los ojos y permitió que el agua le corriera por la cara y descendiera por su cuerpo.

Tendría que esperar dos días hasta la cita y la curiosidad la estaba matando.